

teorema

Vol. XXXII/1, 2013, pp. 173-185

ISSN: 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2013) 32:1; pp. 173-185]

La transformación de la mente*

Agustín Vicente y Asier Lafarga

Verbal Minds: Language and the Architecture of Cognition de ANTONI GOMILA, LONDRES y WALTHAM, ELSEVIER, 2012, 150 pp., 39.99 £.

I

La adquisición del lenguaje efectúa un cambio apreciable en la mente de los niños: los vuelve más listos. Nosotros, los adultos, no seríamos lo que somos sin el lenguaje. La cuestión es saber qué es lo que hace el lenguaje para que seamos como somos. Esta es una de las cuestiones principales y perennes no sólo de la filosofía y la psicología, sino de todas las disciplinas humanísticas.

A lo largo de la historia, ha habido dos respuestas generales que se han ido alternando y marcando época. La primera restringe el papel del lenguaje a ser instrumento de comunicación: los seres humanos tenemos, por naturaleza, la capacidad de pensar. Gracias a ella somos capaces de adquirir el lenguaje, y gracias al lenguaje somos capaces de comunicar nuestros pensamientos. Una mente sin lenguaje no es una mente sin pensamiento, pero sí es una mente más pobre, pues tiene a su disposición mucha menos información de la que, gracias a los intercambios comunicativos, dispone la mente con lenguaje.

La segunda respuesta otorga al lenguaje un papel cognitivo: el lenguaje no es una mera herramienta comunicativa que pone a disposición del individuo cantidades de información que de otro modo nunca tendría, sino que configura la mente de tal forma que los procesos cognitivos de un individuo con lenguaje son de un tipo diferente a los de un individuo sin él. Lo más habitual, dentro de esta postura, ha sido sostener que un individuo sin lenguaje ni siquiera piensa.

Hoy en día es arriesgado decir cuál de estas dos posturas es predominante, incluso dentro del ámbito delimitado de la filosofía y la psicología académicas, y nos encontramos en un punto en que partidarios de una y otra postura afirman haber acumulado suficiente evidencia empírica y argumentos para que el antagonista se dé por derrotado. En un momento así, se necesitan

libros (más que artículos) que clarifiquen las posturas, repasen la evidencia empírica y examinen los argumentos. Hasta el momento, no contamos más que con algunos artículos más o menos extensos que acostumbran a centrarse sólo en una de las cuestiones relevantes del debate, la de la relatividad lingüística –que es la más controvertida ideológicamente–, y tienden a hacerlo de modo sesgado.

El libro de Antoni Gomila es uno de esos libros que necesitamos quienes tenemos interés por estas cuestiones: aunque toma partido, defendiendo que el lenguaje está involucrado en los procesos cognitivos típicamente humanos, su mayor esfuerzo está puesto en la compilación y la clarificación. Gomila, además, cubre una cantidad de terreno inmensa, y hay que ser muy valiente para entrar a desbrozar un terreno extenso y selvático como es éste, en el que se dan cita todas las disciplinas de las ciencias cognitivas.

El libro está organizado en cuatro partes. La primera parte –el segundo capítulo, tras la introducción– efectúa un barrido por las visiones de la arquitectura mental que hacen que la implicación del lenguaje en el pensamiento sea quimérica. Este capítulo es, posiblemente, el menos ponderado. La segunda parte, dedicada a desplegar el menú de posturas sobre la relevancia del lenguaje para el pensamiento, combina exposición con consideraciones críticas. La tercera parte, que ocupa aproximadamente la mitad del libro, es predominantemente expositiva, y se centra no en argumentos sino en resultados experimentales. Se desglosa en dos grupos de dos capítulos cada grupo. El primer grupo repasa los resultados experimentales que tienen que ver con la relatividad lingüística (“el lenguaje como lente”), mientras que el segundo se ocupa de resultados que sugieren que el lenguaje es una herramienta cognitiva (“el lenguaje como juego de herramientas”). En estos cuatro capítulos reside el mayor interés del libro, sobre todo en los dos últimos, pues así como comienza a existir un cuerpo más o menos ortodoxo de conocimiento sobre la relatividad lingüística –y aunque los capítulos de Gomila mejoran las exposiciones al uso–, el conocimiento relativo al papel del lenguaje como herramienta cognitiva se encuentra muy disperso. El cierre del libro, en contraste con esta parte central, deja un regusto extraño: su propósito es defender que existe una coherencia en los resultados experimentales y proponer una tesis que los arrope, pero el intento adquiere un aire, si bien sugerente, demasiado esquemático. No es sorprendente, no obstante, porque, posiblemente, dado el actual estado de la disciplina, es prematuro defender cualquier hipótesis unificadora. En lo que sigue, haremos un recorrido por cada uno de los bloques.

II

El segundo capítulo, primero de contenido, se centra en dos teorías sobre el procesamiento cognitivo humano que hacen a priori difícil creer que el

lenguaje tenga un papel cognitivo: la hipótesis del lenguaje del pensamiento y la hipótesis de la modularidad masiva.

Gomila comienza criticando el innatismo conceptual fodoriano, así como el argumento de Fodor (2001) –y Pinker (1994)–, que sostiene que el lenguaje natural, al ser ambiguo y contexto-dependiente, no puede ser vehículo del pensamiento. Gomila se muestra abiertamente hostil hacia el esquema fodoriano en general, e incluso hacia el “programa de Grice”, i.e., la idea de que la capacidad representacional del lenguaje es herencia de la capacidad representacional de la mente, y propone sustituirlos por la tesis de que las peculiaridades del pensamiento humano, como la sistematicidad, la productividad, la estructura proposicional, y el carácter discreto de los conceptos, son propiedades heredadas del lenguaje. Sin embargo, los argumentos con que cuenta Gomila en este punto no son del todo convincentes. Por ejemplo, Gomila sostiene que el pensamiento es tan contexto-dependiente, o ambiguo, como el lenguaje natural. Esto, sin embargo, es difícil de creer, puesto que la relación entre oraciones del lenguaje y pensamientos es de una a muchos (el contenido semántico de las oraciones infradetermina su contenido proposicional).

Según Gomila, la tesis de que el lenguaje tiene una implicación decisiva en el pensamiento entra también en conflicto con la hipótesis de la modularidad masiva, que, en principio, no le ofrece al lenguaje más que el refugio de un módulo más o menos aislado entre los otros muchos que componen la mente. En su defensa del uso cognitivo del lenguaje, Gomila centra su ataque en la metodología de la psicología evolucionista, el marco teórico del que procede la idea de la mente masivamente modular. El hacerlo, sin embargo, conlleva cierta debilidad argumental, ya que los problemas de la psicología evolutiva no son, *ipso facto*, problemas de la teoría de la modularidad masiva. Por ejemplo, los teóricos de la herencia dual [Richerson y Boyd (2005)], o los de la construcción del nicho cultural [Laland *et al.* (2007)] son críticos con la psicología evolucionista. Sin embargo, sus propuestas van en la línea de la modularidad masiva.

Lo que más llama la atención de este capítulo, no obstante, es su motivación. Es cierto que la hipótesis del lenguaje del pensamiento y la de la modularidad masiva son, por así decirlo, los enemigos naturales de la teoría por la que aboga Gomila. Sin embargo, no son enemigos naturales de la tesis del uso cognitivo del lenguaje. Por ejemplo, como más adelante explica el propio Gomila, hay modularistas masivos ortodoxos como Carruthers que son capaces de ubicar al lenguaje en un módulo periférico y a la vez darle un papel cognitivo de lo más rico y variado. Es más: la mayor parte de los defensores de la teoría de los sistemas duales, por la que Gomila apuesta en el último capítulo, son modularistas masivos. Es posible, por tanto, que haya un cierto desenfoque en los objetivos de este segundo capítulo.

III

El tercer capítulo expone una serie de posturas, ordenadas en principio de más fuerte a más débil, acerca de la importancia que el lenguaje tiene en la cognición. La primera de éstas es la del relativismo. Nótese, sin embargo, que el relativismo no tiene por qué ser una tesis “fuerte”: lo era en manos de los románticos y de Whorf, quienes asumían que sin lenguaje no hay conceptualización, pero muchos neowhorfianos contemporáneos se conforman con apuntar a ciertos efectos, reversibles, que las distintas lenguas tienen sobre la cognición (cosa que Gomila reconoce: véase p. 22).

La segunda postura examinada por Gomila es la del lenguaje como reestructurador cognitivo. Esta postura general, que es la que la que más le conviene, tiene dos versiones: la de que el lenguaje tiene efectos representacionales –aumenta la capacidad representacional del individuo–, y la de que el lenguaje tiene efectos procesuales –le permite hacer cosas nuevas–. Esta postura está inspirada en Vygotsky, y su discusión en posteriores capítulos es, a nuestro juicio, lo mejor y más original del libro.

La tercera postura es la del llamado “pensar para hablar” (*thinking for speaking*). Se piensa para hablar cuando el pensamiento se vuelca en un molde adecuado para la comunicación lingüística (en el supuesto de que el pensamiento tiene su propio formato). Pero este pensar para hablar puede tener efectos relativistas: si uno tiene que preparar sus pensamientos para la comunicación, es razonable pensar que lo hará esté o no esté efectivamente comunicándolos.

La siguiente postura examinada es la propuesta, de Peter Carruthers, de que el lenguaje actúa como *lingua franca* intermodular. Carruthers (2006) propone una explicación compleja de cómo el lenguaje funciona como integrador intermodular en una mente masivamente modular, es decir, de cómo el lenguaje permite que tengamos pensamientos sobre varios dominios al mismo tiempo –un problema básico y obstinado para los modularistas masivos–. Sin llegar a la complejidad de Carruthers, esta postura la comparten autores tan influyentes como Spelke (véase Spelke (2009), como botón de muestra). Gomila es especialmente crítico con esta propuesta, y en particular con las ideas de Carruthers. Compartimos la idea de que la propuesta de Carruthers está llena de problemas. No obstante, la discusión queda coja al centrarse tanto en la visión de Carruthers –y en muchos casos en aspectos que no tienen que ver estrictamente con el papel del lenguaje como *lingua franca*– y obviar, en este punto, el trabajo de Spelke, cuyo tratamiento se reserva para otros capítulos.

La última de las posturas que Gomila examina es la de que el lenguaje actúa como “andamiaje” social. Esta postura tiene un gran parecido con la segunda de las expuestas en el capítulo, la del “lenguaje como reestructurador”. En realidad, se trata de una versión débil de ésta, pues según esta se-

gunda postura, la arquitectura de la mente no cambia con el lenguaje. Lo que ocurre es que el lenguaje nos brinda la posibilidad de, en palabras de Andy Clark (1998), entrar en una “dinámica de segundo orden”, i.e., tener a nuestros pensamientos como objeto de nuestro pensamiento, lo que se traduce en nuevas capacidades de auto-regulación, auto-crítica, monitorización y evaluación. Gomila se muestra escéptico con la idea de que el lenguaje no cambie la arquitectura mental: según él, el lenguaje aumenta significativamente nuestra capacidad representacional, y da pie a un tipo de procesamiento, serial, reglado y consciente, de un tipo diferente al que caracteriza a la mente no lingüística. En definitiva, la postura débil de Clark, según Gomila, tiene que desembocar en la postura más fuerte de Vygotsky y otros (para una lectura distinta del modelo de Clark, véase O’Brien y Opie (2002)).

Como se puede ver, Gomila realiza un repaso interesante de posturas igualmente interesantes. Pero ha de notarse que el recorrido en realidad no despliega un continuo de posibilidades. El relativismo y el “pensar para hablar” son dos posturas, fuerte y débil, sobre lo mismo. “El lenguaje como reestructurador” y “el lenguaje como andamiaje” también son dos posturas, fuerte y débil, sobre lo mismo. Pero no está claro que estos dos pares de posturas sean posturas sobre lo mismo. En este sentido, la clasificación que ofrece Gomila a continuación (capítulos 4 al 7) parece más adecuada: el lenguaje como lente y el lenguaje como juego de herramientas.

IV

Los cuatro siguientes capítulos son, a nuestro juicio, lo mejor del libro. Los dos primeros exponen y evalúan la idea de que el lenguaje actúa como “lente” de la cognición, esto es, que el lenguaje conforma la estructura conceptual del individuo. La cognición humana, según esta idea, sería sensible tanto a diferencias léxicas entre las lenguas como a diferencias morfosintácticas. Los dos capítulos siguientes abordan la cuestión de si el lenguaje puede tener efectos representacionales y/o procesuales. La idea de que el lenguaje tiene efectos representacionales sobre la cognición es la idea de que la adquisición de una lengua aumenta la capacidad representacional del individuo, permitiéndole tener un tipo de pensamiento que de otro modo no tendría (por ejemplo, el pensamiento proposicional). Que el lenguaje tenga efectos procesuales quiere decir que el lenguaje nos permite bien hacer cosas que de otro modo difícilmente podríamos hacer, bien mejorar significativamente en algunas cosas que sí podríamos hacer. Los capítulos se centran en el control ejecutivo.

La idea de que las lenguas son lentes a través de las que conceptualizamos el mundo es la idea de la relatividad lingüística. La tesis de la relatividad lingüística tiene mucha historia, pero hasta nuestros días no ha sido objeto de investigación empírica.

Gomila centra su exposición en unos cuantos ámbitos cognitivos que han sido, desde finales de los noventa, los que mayoritariamente han ocupado la discusión. Estos ámbitos son: la categorización del color, la orientación espacial, las relaciones espaciales, las habilidades aritméticas simples, la clasificación de objetos en términos de sustancia o de forma, la proyección del género gramatical sobre el género sexual, y la conceptualización del tiempo. Dependiendo de quién evalúe los experimentos llevados a cabo en estos campos, el dibujo que emerge es diferente. Es decir, la cuestión está abierta. Gomila, sin embargo, revela cierta simpatía hacia la relatividad lingüística, pero no parece un defensor convencido: de hecho, parece que la cuestión no le preocupa demasiado. A nuestro juicio, esta cierta despreocupación es una actitud elogiabile: hay mucho ruido alrededor de la tesis de la relatividad lingüística, como lo hay alrededor de cualquier relativismo, pero la cuestión realmente interesante en el campo de “lenguaje y pensamiento” es la de si las mentes lingüísticas, por serlo, son esencialmente diferentes de las no lingüísticas.

El recorrido que Gomila hace por los resultados experimentales habidos en los ámbitos mencionados es desigual. Arranca con una exposición excelente de la investigación sobre la influencia de la lengua en la categorización del color —una sección indispensable—, pero la exposición no es tan equilibrada cuando se adentra en la cognición espacial, y pierde algo de pie en el capítulo quinto. Una vez abandonado el tema del color, la exposición no es tan clara, y en ocasiones, como en el caso de la cognición numérica, parece que se tratan demasiadas cosas a la vez (la relatividad y la cognición matemática “corporeizada”) en poco espacio. Aparte, el recorrido por la evidencia empírica no es tan completo como lo es en el caso del color (y revela cierto sesgo favorable al relativismo). No obstante, hemos de decir que nuestra percepción es que, en cuanto se abandona el dominio del color, y, en menor medida, el de la cognición numérica, el estado actual de la investigación no permite hacer maravillas.

Tan sólo tenemos una objeción clara a lo que hace Gomila en estos dos capítulos: creemos que el caso de la cognición numérica (o habilidades aritméticas básicas) no es un ejemplo de “lenguaje como lente”. La evidencia muestra que disponer de una representación simbólica externa, sea verbal o no, del sistema de los números naturales, hace posible que podamos contar, sumar y restar. Sin este tipo de representación de los números naturales podemos seguir el rastro de hasta cuatro objetos y hacer estimaciones de cantidades “a ojo de buen cubero”. Pero no podemos contar. Por tanto, el lenguaje nos brinda un sistema representacional que aumenta nuestras capacidades cognitivas. Es más, todo indica a que, a la hora de contar, utilizamos activamente el lenguaje. En definitiva: el caso de la cognición numérica debería haberse tratado en el siguiente bloque, dedicado al “lenguaje como juego de herramientas”.

Como ya se ha dicho, los dos capítulos que componen el segundo bloque son los más interesantes, originales y meritorios. Gomila tira de hilos dispersos e intenta darles cierta coherencia alrededor de dos cuestiones precisas: la de si el lenguaje aumenta las capacidades representacionales de los individuos, y la de si el lenguaje mejora significativamente nuestras habilidades cognitivas. Este bloque, en nuestra opinión, hace un gran servicio a cualquier estudioso de las relaciones entre lenguaje y pensamiento.

Gomila arranca el primero de los dos capítulos con una somera discusión sobre mentes sin lenguaje: la primera sección la dedica a Ildefonso, una persona sorda sin ningún tipo de lengua. La segunda se centra en la cognición de los primates. Gomila sugiere que estos dos tipos de mentes sin lenguaje son muy diferentes de las mentes lingüísticas. Sin embargo, la exposición es demasiado somera y los resultados de las investigaciones que menciona demasiado abiertos como para que estas dos secciones resulten convincentes. En cierto modo, sorprende el poco espacio dedicado a la cognición animal, e igualmente sorprende que en este apartado Gomila no incluya una discusión sobre el impacto de la afasia en la cognición.

La siguiente sección del capítulo está dedicada a tres capacidades cognitivas que supuestamente se anclan en el lenguaje: el razonamiento analógico, la orientación espacial multi-modular, y la atribución de creencias a los otros. Dedre Gentner (2003) propone que el elemento diferenciador de la cognición humana radica en el razonamiento analógico, y que éste se ve facilitado por los conceptos relacionales que adquirimos vía lingüística. Gomila relata con detalle un experimento cuyo resultado “sugiere la conclusión que el uso claro de un lenguaje relacional invita a los niños a usar conceptos relacionales: los que les proporciona el lenguaje que están aprendiendo” [p. 79].

Elizabeth Spelke (2003) atribuye al lenguaje un papel aún mayor: según ella, sin lenguaje no hay pensamiento intermodular, y sin ello no hay flexibilidad y difícilmente creatividad. Ya hemos mencionado esta postura anteriormente, y es extraño que Gomila la trate en dos lugares diferentes apoyándose en autores distintos en cada caso. Aquí centra su discusión en una serie de experimentos de reorientación llevados a cabo por Spelke que supuestamente muestran que utilizamos el lenguaje para juntar información sobre el color de una pared y sobre la geometría del espacio. Finalmente, Gomila nos ofrece un recorrido por todas las vicisitudes que ha atravesado la hipótesis de que son aspectos gramaticales del lenguaje –en particular, la subordinación– los que hacen posible que pasemos el “test de la falsa creencia”.

La discusión de estas tres cuestiones es muy interesante y muy clara. Del estudio combinado de las tres emerge la idea de que este tipo de evidencia no apoya la idea de que el lenguaje proporciona recursos representacionales adicionales. Esta conclusión es más clara en el caso de los experimentos de reorientación, de los que Gomila dice que apuntan más bien a un papel procesual del lenguaje, y en el de la atribución de creencias, en donde el len-

guaje parece desarrollar más bien un papel de entrenamiento. Queda más en el aire en el caso del pensamiento relacional y analógico.

No obstante, Gomila no toma en consideración una hipótesis interesante, y es que estos efectos puedan ser explicados desde una visión meramente expresivista, o comunicativa, del lenguaje. Uno de los últimos experimentos de reorientación llevados a cabo por Spelke [Shusterman, et al. (2011)] es revelador en este sentido: si a los niños les dices, antes del experimento, “mira la pared roja” no tienen en cuenta el color de la pared cuando tienen que reorientarse, pero si les dices “esa esquina roja y blanca es importante”, sí que lo tienen en cuenta. Al comunicar, se consigue fijar la atención de la audiencia en ciertos aspectos del mundo, y es fijando la atención de los niños sobre los aspectos relevantes como se consigue que se reorienten eficazmente. Lo mismo parece ocurrir en el experimento de Gentner, en el que el lenguaje guía la atención hacia la información pertinente. La postura comunicativa puede sofisticarse, y es posible que pueda ofrecer explicaciones muy plausibles de fenómenos que parecen deberse a una implicación fuerte del lenguaje en la cognición.

El último capítulo de este bloque es el dedicado a la hipótesis de que el lenguaje tiene efectos procesuales sobre el pensamiento. Si el lenguaje tiene efectos representacionales sobre el pensamiento, entonces también tendrá efectos procesuales. Sin embargo, los efectos procesuales no requieren de cambios representacionales. Gomila centra su exposición en el impacto que el lenguaje puede tener sobre el control ejecutivo, bajo el supuesto de que tal impacto sería genuino, i.e., no derivado de un efecto representacional anterior. Afirma Gomila que “las mentes verbales son las únicas capaces de tener procesos mentales intencionales, estratégicos y reflexivos” [p. 90].

Las dos primeras secciones del capítulo examinan teorías y experimentos que ligan el uso interno del lenguaje (el “habla interna”) al control y a la reflexión. La tercera lo liga a la capacidad de cambiar de tarea. En los dos primeros casos (control y reflexión) el lenguaje logra sus efectos haciendo consciente el pensamiento o dirigiendo la atención del sujeto hacia sus propias representaciones. En el tercero (cambio de tarea) parece lograrlos sin pasar por la consciencia. Sin embargo, mientras la evidencia presentada en las dos primeras secciones es convincente, la presentada en la tercera no lo es. En la primera sección, Gomila expone la idea seminal de Vygotsky de que el habla interna, internalización del habla externa, sirve para controlar la acción. En la segunda sección, desarrolla la idea, defendida por Zelazo (2004), de que el “etiquetaje verbal” de las propias experiencias, hace que éstas puedan convertirse en objeto del pensamiento y con ello la metarrepresentación. Ambas ideas están estrechamente conectadas, y parecen reposar en la idea más general de que el lenguaje tiene un papel estelar en el procesamiento consciente.

La tercera sección se centra en el bilingüismo. La sección en sí misma es muy interesante, y es clara. Lo que no queda claro es su rol en el capítulo. Gomila resume una abundante investigación que muestra que los bilingües tienen una mayor capacidad general para cambiar de tarea. Sin embargo, ¿tiene esto algo que ver con el lenguaje? Parece que no; por una parte, porque no se trata de un efecto del lenguaje en sí sobre la cognición, y por otra, porque, como el propio Gomila nos dice, esta capacidad puede desarrollarse con otro tipo de entrenamiento que implique cambios de tarea, por ejemplo, jugando partidas de videojuegos.

La tesis de que el lenguaje está involucrado en el control ejecutivo es convincente, y hay bastantes indicios empíricos, aparte de los introspectivos, que hacen pensar que el habla interna juega un papel fundamental en todos los aspectos que tienen que ver con el control y la monitorización, sea el de una acción o el de nosotros mismos como personas. Sin embargo, a día de hoy, el estudio de las patologías asociadas es muy pobre. Gomila cierra el capítulo considerando el caso de las alucinaciones verbales de la esquizofrenia y el del síndrome de Williams, sin llegar a una conclusión clara. Lo que quedan son preguntas abiertas, pero, en nuestra opinión, el estudio de estas patologías tampoco tiene por qué resultar muy revelador. Quizás sería más relevante saber qué ocurre con la afasia o con las personas sordas no expuestas a ninguna lengua. También debería estudiarse la capacidad de control ejecutivo en animales.

Una última cuestión que suscita la lectura de este capítulo es la de hasta qué punto estos efectos del lenguaje lo convierten en un instrumento diferencialmente cognitivo, pues cabe pensar que bien podrían derivarse de la naturaleza comunicativa del lenguaje. Al fin y al cabo, el habla interna no es sino comunicación interna, y del mismo modo que la comunicación lingüística externa hace que fijemos nuestra atención sobre ciertos aspectos del mundo, el habla interna hace que la fijemos sobre aspectos de nuestra vida mental. Es decir, puede que los efectos cognitivos que obtenemos del lenguaje sean efectos que se deben a que el lenguaje es esencialmente un instrumento de comunicación, y puede que ni siquiera sean efectos cognitivos propiamente, sino efectos que la comunicación tiene sobre nuestro pensamiento.

V

El último capítulo del libro se divide en tres partes: una primera de síntesis del material empírico expuesto a lo largo del libro; una segunda en la que se evalúan algunas objeciones a la conclusión de que el lenguaje modifica la cognición; y una última en la que se propone un modelo de la cognición humana que da cuenta de las conclusiones alcanzadas: el de la teoría del procesamiento dual.

A decir de Gomila, de las cinco posturas analizadas en el tercer capítulo, la que sale claramente reforzada es la hipótesis de la “reestructuración cognitiva”: la evidencia, según él, muestra cómo la adquisición del lenguaje amplía y hace más complejas nuestras capacidades representacionales, además de estar relacionada con ciertas funciones de control ejecutivo y quizá otros efectos procesuales. Gomila, sin embargo, entiende que, a pesar de la evidencia favorable, esta hipótesis tiene que superar dos últimos escollos. Por una parte, está la cuestión del mecanismo: hay que dar con un mecanismo que explique cómo la mente no lingüística es capaz de reclutar el lenguaje para reestructurarse. Por otra parte, hay que descartar que la correlación entre lenguaje y cognición se deba a un tercer factor.

Parece que para Gomila, la cuestión del mecanismo se disuelve una vez que abandonamos la idea de que aprender un lenguaje consiste meramente en juntar palabras con conceptos ya disponibles, y la sustituimos por la tesis de que el desarrollo conceptual está guiado por el desarrollo lingüístico: el aprendizaje del lenguaje incide sobre la adquisición y la naturaleza de los conceptos adquiridos, y hace posible el pensamiento proposicional, la sistematicidad y la productividad.

Esta idea es sugerente, pero no está claro que el fenómeno en el que se centra Gomila, el de la adquisición de conceptos por vía lingüística, pueda explicar todo lo que quiere que explique. La adquisición de conceptos mediante el lenguaje parece ser sólo una de las vías de adquisición de conceptos, y no parece que los conceptos adquiridos por “etiquetaje lingüístico” sean de naturaleza diferente a los adquiridos por otras vías, como pretende Gomila. Compartimos con Gomila la intuición de que en el aprendizaje por “etiquetaje” ocurre algo importante, pero no alcanzamos a ver cómo el “etiquetaje” puede tener efectos sobre sistematicidad, productividad y proposicionalidad.

La segunda parte del capítulo se dedica a rechazar la posibilidad de que la correlación entre lenguaje y cognición se deba a un tercer factor que tenga simultáneamente influencia sobre el lenguaje y la cognición, por ejemplo ciertos requerimientos funcionales. Gomila descarta esta posibilidad, al igual que la de que el lenguaje y la cognición compartan las mismas estructuras cognitivas. Puesto que durante los primeros estadios no lingüísticos del desarrollo la cognición humana es muy similar a la de otros primates, apunta Gomila, es preferible una arquitectura dual que refleje un hipotético proceso co-evolutivo que incluya la evolución del lenguaje, del cerebro, y de la cognición.

La tercera parte del capítulo, última del libro, se dedica a la defensa de una arquitectura dual. La idea es que la adquisición del lenguaje sería lo que permite el nuevo nivel de organización cognitiva que se define como “Sistema 2” (serial, lenta, reflexiva, basada en reglas y dependiente del aprendizaje). Para Gomila los niveles más básicos de la cognición no son dependientes del lenguaje, sino que tienen una estructura dinámica no modular. El Sistema 2, sin embargo, es dependiente del lenguaje, aunque no utiliza al lenguaje

como vehículo. El lenguaje, además, le proporciona al Sistema 2 sistematicidad y productividad.

Esta propuesta final es clara, y creemos que recoge una línea de trabajo sobre la arquitectura de la mente que lleva tiempo en el ambiente sin que se exprese con la claridad con la que la expresa Gomila. También es una propuesta arriesgada: primero, por lo que asume acerca del Sistema 1, i.e., que no es modular, y que es idéntico al de los animales no humanos. En segundo lugar, la propuesta es arriesgada por lo que dice acerca del Sistema 2: los teóricos de los dos sistemas mantienen que el Sistema 2 está de algún modo ligado al lenguaje, pero Gomila sostiene que *es* lingüístico (aunque no está claro en qué sentido: en ocasiones niega que el lenguaje sea *vehículo* del Sistema 2; pero en otras –ver, p. 104– parece decir lo contrario). Es más, sostiene que el Sistema 2, además de las propiedades que le atribuyen otros teóricos (serialidad, lentitud, accesibilidad consciente), tiene las propiedades de sistematicidad y productividad. Creemos que la evidencia discutida a lo largo del libro no apoya esta última afirmación, y que responde más a ciertas intuiciones teóricas de Gomila que a las evidencias empíricas presentadas a lo largo del libro.

En general, como decíamos al principio de esta reseña, este último capítulo no acaba de cerrar bien el libro. Por una parte, es demasiado breve. Por otra, la hipótesis de los sistemas duales, como tal, no aparece en ningún otro momento, y es difícil atisbar su llegada en una primera lectura del libro. Finalmente, la propuesta final parece ir bastante más allá de lo que le garantiza la evidencia discutida en los capítulos anteriores. Gomila quiere que el lenguaje explique la sistematicidad, la productividad y la misma estructura predicativa del pensamiento, pero la discusión de los capítulos centrales, que a nuestro juicio es la más valiosa, no incide sobre estas cuestiones.

A lo largo de esta exposición, hemos señalado muchos puntos del libro de Gomila donde creemos que pueden encontrarse problemas. Esto no obsta para que afirmemos que el libro es un muy buen libro, que merece la pena leerlo como introducción al tema y que merece la pena estudiarlo como contribución al debate. Como decíamos al principio, es el libro de un valiente, un pionero en la búsqueda de sistematización de un campo que cualquiera que se asome a él encontrará muy desordenado. Gomila ha hecho un gran servicio con este libro, y esperamos que esta reseña sirva para que el lector se haga una idea de la variedad, el interés y la dificultad de las cuestiones que, con aparente sencillez y ritmo ágil, recorre Gomila.

*Ikerbasque: Basque Foundation for Science, Bilbao/
Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia,
Universidad del País Vasco (UPV/EHU),
Avda. Tolosa 70, 20080 San Sebastián.
E-mail: agustin_vicente@ehu.es*

*Departamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la Ciencia
 Universidad de Salamanca
 Campus Unamuno. Edificio FES. 37007 Salamanca.
 E-mail: asierlafarga@usal.es*

NOTAS

* Agustín Vicente quiere agradecer la financiación de los proyectos FFI2010-15717 y FFI2011-30074-C02-02, del Gobierno de España. Este trabajo debe mucho a dos personas: Toni Gomila, autor del libro y referencia constante en estos y otros temas, y Fernando Martínez Manrique.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CARRUTHERS, P. (2006) *The Architecture of Mind: Massive Modularity and the Flexibility of Thought*, Oxford, Oxford University Press.
- CLARK, A. (1998) "Magic Words: How Language Augments Human Computation", en P. Carruthers y J. Boucher (eds.), *Language and Thought: Interdisciplinary Themes*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 162-183
- FODOR, J. (2001) "Language, Thought and Compositionality". *Mind and Language*, 16, pp. 1-15.
- GENTNER, D. (2003) "Why We Are So Smart", en D. Gentner y S. Goldin-Meadow (eds.), *Language in Mind*, Cambridge, MA. MIT Press, pp. 195-235.
- GOMILA, A. (2012) *Verbal Minds: Language and the Architecture of Cognition*, Londres, Elsevier.
- LALAND, K. N., KENDAL, J. R. y BROWN, G. R. (2007) "The Niche Construction Perspective: Implications for Evolution and Human Behaviour", *Journal of Evolutionary Psychology* 1-4, pp. 51-66
- O'BRIEN, G. J. y OPIE, J. P. (2002) "Internalizing Communication", *Behavioral and Brain Sciences*, 25, pp. 694-695.
- PINKER, S. (1994) *The Language Instinct*. Nueva York, Morrow.
- RICHERSON, P. J. y R. BOYD (2005). *Not By Genes Alone: How Culture Transformed Human Evolution*, Chicago, University of Chicago Press.
- SHUSTERMAN, A., LEE, S. A. y SPELKE, E. (2011) "Cognitive Effects of Language on Human Navigation", *Cognition* 120, pp. 186-201.
- SPELKE, E. S. (2003) "What Makes Us Smart? Core Knowledge and Natural Language", en D. Gentner y S. Goldin-Meadow (eds.), *Language in Mind*. Cambridge, MA., MIT Press.
- (2009) "Forum: Elizabeth S. Spelke", en M. Tomasello, *Why We Cooperate*, Cambridge, MA: MIT Press.
- ZELAZO, P. D. (2004) "The Development of Conscious Control in Childhood", *Trends in Cognitive Sciences* 8, pp. 12-17.

ABSTRACT

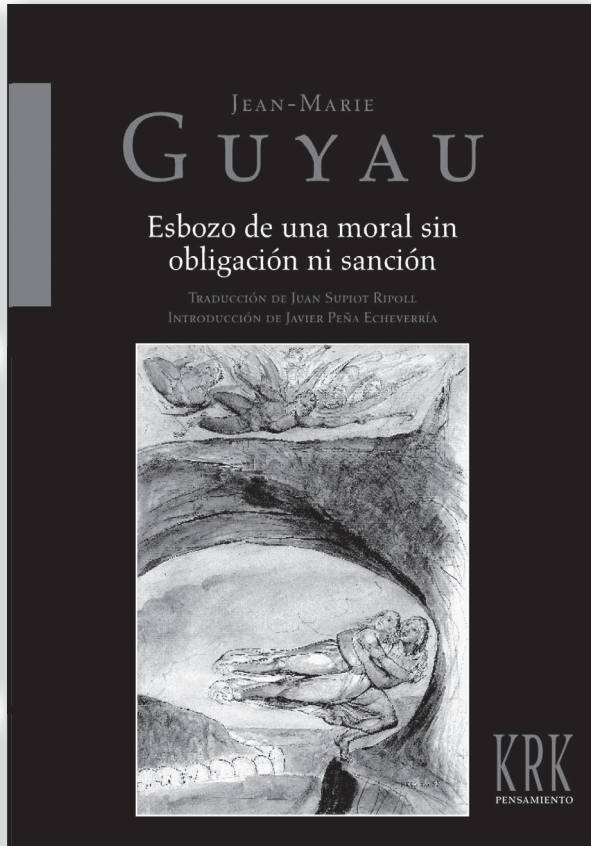
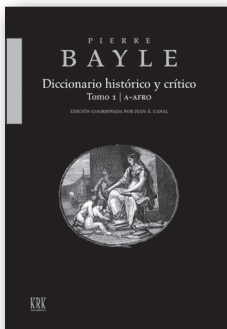
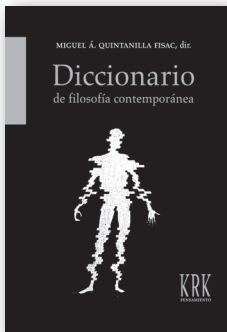
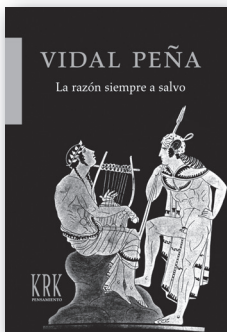
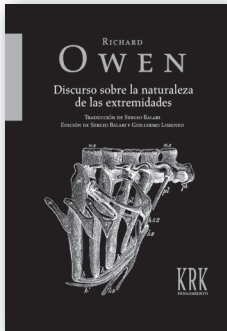
This paper is a critical account of Antoni Gomila's book *Verbal Minds* (2012). *Verbal Minds* offers a complete exploration of contemporary theories about the cognitive role of language and the empirical evidence that refutes or supports them. The book has a descriptive and an evaluative element. In the descriptive element, Gomila successfully covers an extensive amount of ground, and the book makes a valuable contribution to research on language and thought. In the more debatable, evaluative element, Gomila argues that language plays a fundamental role in our cognition, to the extent that even the very propositionality of thought would be a linguistic inheritance.

KEYWORDS: *Language; Thought; Modularity; Linguistic Relativity; Executive Control; Dual Systems.*

RESUMEN

En este trabajo realizamos una exposición crítica del libro de Antoni Gomila *Verbal Minds* (2012). *Verbal Minds* ofrece un recorrido completo por las teorías contemporáneas acerca del papel cognitivo del lenguaje y la evidencia empírica que las desmienten o confirman. El libro tiene una dimensión expositiva y otra argumentativa. En el plano expositivo, Gomila cubre exitosamente un terreno muy amplio, y el libro hace un gran servicio a la investigación sobre lenguaje y pensamiento. En el plano argumentativo, más discutible, defiende que el lenguaje tiene un papel fundamental en nuestra cognición, tanto que la propia proposicionalidad del pensamiento es herencia lingüística.

PALABRAS CLAVE: *lenguaje; pensamiento; modularidad; relatividad lingüística; control ejecutivo; sistemas duales.*



EDICIONES
KRK

PEDIDOS
correo@krkediciones.com
www.krkediciones.com